

EUSKADI: ENTRE LA POLÍTICA DE ADVERSARIOS Y EL CONSENSO

Las elecciones vascas del 13-M

FRANCISCO J. LLERA RAMO

La legislatura que acaba de terminar en Euskadi ha estado caracterizada por la profundización en la *política de adversarios* (Finer, 1975), cuya dinámica se inicia en 1998 y que tiene como consecuencia la incompatibilidad entre tal modelo de gobernabilidad y el sistema de partidos de *pluralismo polarizado* (Sartori, 1980, 165 y sigs.), que caracteriza desde el principio (Linz, 1986, 317 y sigs.; Llera, 1981, 61 y sigs.) a la arena política vasca. El contraste con este modelo lo tenemos en la propia experiencia de consenso y concentración de la etapa preautonómica, primero, y de pactos múltiples y Gobiernos de coalición mixtos del periodo autonómico que va de 1984 y, sobre todo, 1986 hasta 1998, después, aproximándose a lo que es un modelo *consensual* (Lijphart, 2000, 43 y sigs.). De todas formas, ya vivimos una etapa similar durante la primera legislatura autonómica de 1980 a 1984, en la que el PNV practicó, en minoría, una política de monopolio institucional gracias a la estrategia antisistema de HB (Llera, 1994, 16).

Las elecciones vascas de 2001 pasarán a la historia política de nuestro país por haber sido las del reencuentro del nacionalismo democrático apiñado en torno al Gobierno y al liderazgo de Juan J. Ibarretxe, tanto por la reafirmación de la coalición electoral entre el PNV y EA como por la concentración del voto nacionalista en esta opción. Si las de 1998 fueron las elecciones de la "tregua", éstas han sido las de las consecuencias del fracaso de ésta, interpretado por unos como el resultado inevitable de una trampa y por otros como el corolario de una intransigencia interesada. Lo cierto es que, si aquellas elecciones se celebraron en un ambiente de cierta ilusión, el de éstas ha sido de temor, tensión, fracaso y frustración. En unas y otras el nacionalismo y sus tensiones familiares y estratégicas in-

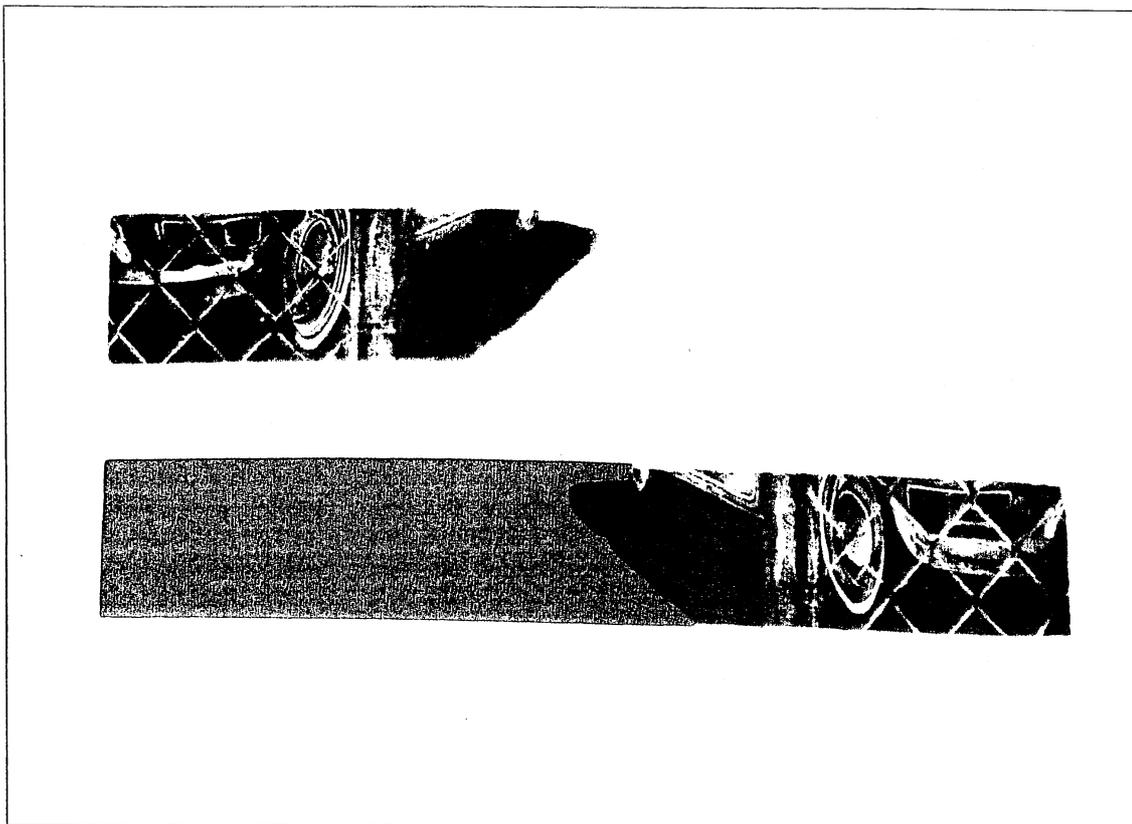
ternas han sido el protagonista principal. Tras una legislatura abortada por la mencionada *política de adversarios* (frentes o bloques), que ha fracturado gravemente la vida social y política en el País Vasco, la competición electoral se ha situado en la perspectiva de la continuidad o el cambio no solo de política, sino también de mayoría de gobierno. Una tal dinámica ya se había iniciado con el llamado Pacto de Lizarra, que liquidó la dinámica centrípetra anterior en torno a la alianza PNV-PSE y que desembocó en la polarización que EH y el PP habían generado en la política vasca por su distinta estrategia ante la, mal llamada, "tregua" de ETA. La respuesta a la política del frente nacionalista iniciada en Estella y oficializada en la investidura de Juan J. Ibarretxe con el apoyo de EH y la constitución conjunta de Udalbiltza fue la alianza, mal llamada, "constitucionalista" de la coalición PP-UA y el PSE-EE. Esta alianza se fraguó en la resistencia y la solidaridad frente a los envites del terrorismo y la intolerancia y quedó oficializada, no sin ambigüedad, en el "acuerdo por las libertades y contra el terrorismo", sellado en Madrid entre las direcciones del PP y el PSOE por iniciativa de éste último.

El *lehendakari* se vio obligado a convocar las elecciones, tras una fuerte resistencia a hacerlo, después que la oposición socialista y popular optasen por una estrategia de frente alternativo. Todo comenzó con la apuesta "soberanista" ("ser para decidir", "ámbito vasco de decisión", autodeterminación, unidad territorial, exclusión del Gobierno de los "españolistas"...) y, sobre todo, con las ambigüedades de la minoría de Gobierno PNV-EA tras la vuelta de ETA a los asesinatos y la pérdida del apoyo parlamentario del socio que administraba su mayoría (EH). La frustración, el acoso y la inseguridad de la oposición llevaron al PSE-EE y al PP a

plantear sendas mociones de censura en las que, a pesar del blindaje institucional de la investidura, se evidenció la soledad y la impotencia del Gobierno para gobernar (aprobar leyes o presupuestos). En estas condiciones de incapacidad política, las acciones terroristas se sucedían, la inseguridad de una parte de la sociedad aumentaba día a día, la crispación social se generalizaba y la brecha de la incomunicación política entre Gobierno y oposición se ahondaba gravemente. El *lehendakari* trató de ganar tiempo para movilizar a sus fieles, distanciarse de los violentos y desgastar sus apoyos e instalar en la opinión pública la imagen de intransigencia e irresponsabilidad de los partidos de la oposición, frente a la eficacia, las buenas intenciones y la oferta de diálogo, articulada en una campaña de "centralidad moderada" diseñada con gran antelación y meticulosidad.

Una campaña decisiva: la seguridad de Ibarretxe y su Gobierno

La campaña electoral, caracterizada por la polarización y la dureza de los discursos, sirvió para movilizar masivamente, no solo a la sociedad vasca, sino también a la sociedad española en torno a una cuestión central: cuál era el mejor Gobierno para acabar con el malestar y enfrentarse al terrorismo. Lo cierto es que, como indicaban todas las encuestas, existía un gran malestar de la ciudadanía vasca con la situación política, que las divisiones partidistas afectaban al incremento de la crispación en las relaciones sociales primarias de la vida cotidiana, que había un miedo asimétrico a expresarse e identificarse políticamente, sobre todo, entre los no nacionalistas y que todo ello se achacaba a la ruptura política y la falta de acuerdo entre nacionalistas y no nacionalistas, es decir, a la política de bloques. El malestar de la mayoría lo producían los zarzapos del



terrorismo y el acoso de los violentos, por un lado, y las descalificaciones recíprocas de los que decían representar a una mitad de la sociedad hacia los de la otra, con el consecuente bloqueo institucional y el excepcional bombardeo mediático.

Unos, los del Gobierno, denunciaban el acoso mediático y la intransigencia irresponsable de la oposición por negarse a dialogar ("los del no a todo"), equiparando su bloqueo parlamentario y su dureza discursiva a la de los violentos, para situarse en el centro. Además, activaban el componente identitario de su sociología con un discurso victimista que recurría a la imagen de "cruzada" e "invasión" (reconquista) de los *españolistas*, ávidos de poder para limitar el autogobierno y las señas de identidad de los *vascos*.

Otros, los de la oposición, victimizados por la violencia, denunciaban el exterminio físico y la exclusión ideológica y política de todo lo que no fuese nacionalista, así como la insensibilidad y la irresponsabilidad del Gobierno ante el sufrimiento físico y la falta de libertades de una parte de la sociedad, intentando ocupar el centro a base de denunciar la pasividad e ineficacia del Gobierno nacionalista ante la inseguridad, su radicalismo ideo-

lógico y las complicidades deslegitimadoras del nacionalismo en su conjunto.

En una competición muy personalizada y presidencialista entre dos candidatos, que encabezaban los dos bloques en liza, los primeros contaban con la ventaja de la buena valoración del *lehendakari* en funciones, incluso entre sectores que no eran afines al nacionalismo, con una imagen de buen gestor y un gran despliegue de actuaciones e intervenciones públicas, que reforzaban su presencia en los más diversos ámbitos sociales. Su estrategia centrista, basada en la potenciación de los puntos fuertes de su personalidad política, se dirigió, primero, a movilizar el voto identitario, mientras que en la recta final de la campaña mostraba su cara más moderada y pragmática.

Por su parte, la coalición PP-UA era encabezada por Jaime Mayor Oreja, que contaba con una valoración mucho menos positiva, más allá de su propio electorado, y que partía con el *handicap* de ser un político de ida y vuelta, con presencias intermitentes en la política vasca y un tardío abandono del Ministerio del Interior, que le vinculaba exclusivamente al orden público y la seguridad. La asimetría entre ambos era evidente, si tenemos en cuenta que éste último encabezaba una alianza

incierta, mientras que el primero capitalizaba los rendimientos del autogobierno y la seguridad de una coalición de gobierno convertida en coalición electoral.

Todos coincidían en la importancia de la movilización electoral para aislar a los violentos y reducir su capacidad de chantaje, unos denunciando el daño que hacían a la "construcción nacional" y otros arremetiendo contra su carácter totalitario y excluyente. La cuestión clave era el cambio de política, es decir, la vuelta a la *política consociativa* (de pactos y de coalición) y la superación de la confrontación de bloques irreconciliables, que la opinión pública identificaba con el entendimiento y el acuerdo entre nacionalistas y no nacionalistas. Pero, además, la otra clave complementaria era en qué medida este cambio era más viable y mejor con una alternancia o no en la mayoría de gobierno. De otro modo y descontadas las fidelidades partidistas de cada cual, la cuestión a dilucidar era a qué piloto y a cuál de las ofertas de gobierno le atribuía el electorado volátil y/o moderado una mayor autoridad moral y unas mejores condiciones o capacidad para tal operación.

En pocas ocasiones como ésta una campaña podía e iba a resultar tan decisiva

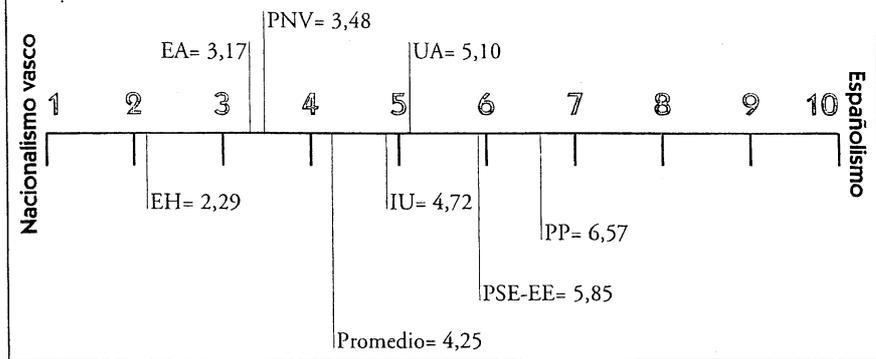
para movilizar y para decantar, en un sentido o en otro, un resultado que, de entrada y casi hasta el final, se mostraba muy incierto, como indicaban todas las encuestas. En nuestra propia encuesta de final de año (Euskobarómetro) se detectaba un incremento de la movilización electoral por encima del 70% de 1998 y las previsiones más optimistas de las distintas encuestas de intención de voto de los días de campaña difícilmente se atrevían a superar una previsión del 75%. Tal movilización afectó a todos los competidores, pero el movimiento final de concentración de voto en la mayoría de gobierno fue lo más significativo. En efecto, según nuestras propias previsiones globales de noviembre, no se habría producido ninguna variación en la estimación del 17,8% de los socialistas, nos habríamos quedado cuatro décimas por debajo del resultado final de la coalición PP-UA y otras cinco del de IU. Sin embargo, nos quedamos cortos (4,4 puntos menos) en el previsto retroceso de EH y, sobre todo, en el destino principal de tal abandono y la capacidad de captación de voto moderado y pragmático no identificado por parte de la coalición gobernante PNV-EA (6 puntos menos). Éstos han sido los auténticos efectos de la campaña electoral, que la coalición de gobierno supo administrar con más éxito que la alianza de la oposición.

Moderación asimétrica en una arena polarizada

Relegada a segundo plano la competición ideológica izquierda/derecha, que adquiere mayor relevancia cuando estamos ante unas elecciones legislativas, de lo que se trataba era de competir en la dimensión identitaria: soberanismo/autonomismo o nacionalismo vasco/españolismo. Se buscaba movilizar al electorado que no toma especial interés por las elecciones autonómicas (abstención diferencial) y, al mismo tiempo, captar al electorado volátil y pragmático que alterna su voto entre opciones autonomistas o nacionalistas según sea la elección legislativa o autonómica (voto dual). De cómo se resolviesen tales incógnitas por efecto de las estrategias de campaña dependía el éxito o el fracaso de unos u otros, dado lo ajustado de las diferencias y la cristalización del comportamiento electoral. Para ello, era necesario copar la centralidad en medio de una polarización agudizada, tal como muestra el gráfico adjunto de distanciamiento ideológico en la dimensión identitaria de la competición.

Como se puede comprobar, la polarización del electorado vasco referida al re-

Gráfico. Autoubicación del electorado vasco (EA-1998) en la escala de máximo nacionalismo vasco/máximo españolismo



Fuente: Euskobarómetro, junio de 1999.

uerdo de voto de 1998, con más de cuatro puntos entre las opciones bipolares del sistema de partidos, es máxima entre las democracias consolidadas del mundo occidental y, además, con un significativo distanciamiento entre las opciones centrales que cuentan (PNV y PSE-EE). Por si fuera poco, la percepción que tienen los electores de las posiciones de sus partidos de referencia, sobre todo los más extremos, aún ahondaba más el distanciamiento (hasta siete puntos) y ensanchaba la brecha entre los partidos centrales (más de cinco puntos), distorsión que se acrecentaba con el paso de los meses y afectaba, sobre todo, a socialistas y populares (por encima del punto y medio de radicalización respecto de su propio electorado) hasta desembocar en una campaña altamente recalentada en su polarización. Todo ello simplificaba la competición, como las propias coaliciones o alianzas reflejaban, y, al mismo tiempo, obligaba a decantarse al electorado moderado por uno u otro bloque.

Según esta misma escala de 10 puntos, en las encuestas preelectorales de los últimos días de campaña el 20% de los vascos se situaba en la posición más extrema de nacionalismo vasco (posición 1), mientras que otro 20% se distribuía en posiciones claramente nacionalistas (2, 3 y 4). El españolismo explícito (entre 6 y 10) sumaba otro 20%. Esta asimetría expresa con claridad el sesgo vasquista en la dimensión identitaria de los vascos, que ya se ha convertido en patrón actitudinal. Si descontamos el 10% que no se define, nos queda, aproximadamente, otro 30% ubicado en la posición 5, que oscila entre el nacionalismo moderado y un vasquismo autonomista, a los que no les repugna el sentimiento español, pero que tampoco comparten la fractura entre los dos blo-

ques. Además, el escoramiento vasquista ha ido incrementándose a lo largo de la campaña, si tenemos en cuenta que el promedio de partida (4,25), que coincidía con las propias encuestas de precampaña, experimentó un corrimiento hasta el 4 en las de los últimos días, con una reducción paralela de la dispersión.

Si en 1998 la polarización útil la encarnaron EH y el PP, en esta ocasión lo hacían las coaliciones PNV-EA y PP-UA, generando, además de la movilización identitaria de los "suyos", un voto útil de rechazo recíproco de los electores menos identificados a costa del achique de los espacios intermedios de moderación (PSE-EE e IU). La asimetría en la competición era evidente, si tenemos en cuenta que, mientras la coalición PNV-EA representaba una moderación en la polaridad nacionalista, la coalición PP-UA representaba, por el contrario, un auténtico cambio pendular por su ubicación en el polo más extremo del españolismo.

Movilización excepcional:

unas elecciones de primer orden

Uno de los rasgos más característicos de estas elecciones ha sido el de la movilización electoral, que ha batido todos los récords de participación en elecciones autonómicas y se ha equiparado al máximo absoluto de las elecciones legislativas de 1982. La reducción de la abstención a este mínimo histórico en torno al 20% convierte, por tanto, a estas séptimas elecciones autonómicas en elecciones de auténtico primer orden, calificación que suele estar reservada para las elecciones legislativas por el mayor interés que concitan.

Hasta ahora, una de las pautas de movilización electoral en las elecciones autonómicas vascas era la abstención diferencial, que hacía que el mayor interés

Tabla 1. Resultados electorales en Euskadi entre 1998 y 2001

	A-1998		F-1999		L-2000		A-2001*	
	VOTOS	%	VOTOS	%	VOTOS	%	VOTOS	%
PNV	350.322	27,6	-	-	347.567	30,4	-	-
EA	108.635	8,6	-	-	86.557	7,6	-	-
PNV-EA	458.957	36,2	402.089	34,6	434.124	38,0	599.746	42,7
PP	251.743	19,9	220.633	19,0	323.235	28,3	-	-
EH (HB)	224.001	17,7	228.847	19,7	-	-	142.784	10,2
PSE-EE	220.052	17,4	212.249	18,3	266.583	23,3	250.919	17,9
IU	71.064	5,6	53.563	4,6	62.293	5,4	78.448	5,6
UA	15.738	1,2	9.438	0,8	-	-	-	-
PP-UA	267.481	21,1	230.071	19,8	-	-	323.918	23,1
Otros	9.010	0,7	10.421	0,9	23.084	2,0	7.804	0,6
Nacionalistas	682.958	53,9	630.936	54,3	434.124	38	742.530	52,8
Estatatalistas	567.607	44,8	495.883	42,7	675.195	59	653.285	46,3
Izquierda	515.981	40,6	494.659	42,6	345.027	30,2	480.055	34,4
Derecha	734.584	58,0	632.160	54,4	764.292	66,8	923.664	65,8
CENSO	1.821.457	-	1.809.009	-	1.810.666	-	1.780.336	-
VOTANTES	1.275.008	70,0	1.175.856	65,0	1.155.999	63,8	1.421.302	79,83

*Datos del escrutinio provisional.

por esta arena de competición produjera un incremento del compromiso relativo entre la sociología nacionalista, mientras que la autonomista mostraba una mayor propensión a quedarse en casa. Este fenómeno se atenuó en 1998, al mantenerse movilizado el electorado popular, mientras que el socialista reproducía su inercia desmovilizadora anterior en un contexto de alta movilización nacionalista. En estas elecciones, frente a lo que se viene afirmando, se ha vuelto a reproducir este patrón de comportamiento electoral, a pesar del mayor ajuste. De tal manera que, si tenemos en cuenta el incremento medio de 10 puntos de la participación electoral con relación a los comicios autonómicos de 1998, el mapa municipal de las diferencias de movilización de entonces resulta, prácticamente, idéntico al actual.

Si la participación resulta relativamente homogénea en las tres provincias, no sucede lo mismo si la estudiamos municipio a municipio, pudiendo detectarse algunas pautas diferenciales que nos permiten deducir las claves explicativas de lo sucedido con la movilización electoral. Podríamos decir que, mientras que el nacionalismo vuelve a movilizar todos sus recursos electorales a lo largo y ancho del territorio, el PP lo hace sobre todo en las zonas urbanas, en tanto que el PSE-EE no llega a movilizar los suyos precisamente en las poblaciones en las que tiene su cantera

tradicional. Es cierto que el incremento de votos de las opciones nacionalistas (unos 60.000) se queda un punto por debajo del correspondiente al ascenso de la participación electoral, pero las tasas de participación superan ampliamente el promedio en el 60% de las poblaciones vascas, casi todas ellas de claro dominio nacionalista. Por el contrario, el incremento de votos de las opciones autonomistas (unos 90.000) supera en seis puntos la tasa media de ascenso de la movilización electoral, pero esto no impide que sean, precisamente, las grandes poblaciones de dominio autonomista y, en especial, aquellas en las que el PSE-EE suele ser el primer partido las que se hayan quedado significativamente por debajo del 80% medio de participación. Entre ellas destacaremos: la abstención máxima de Pasajes (29,3%), Sestao (27%), Rentería (25,7%), Santurce (24%), Baracaldo (24%), Irún (23,9%), Erandio (23,7%), Hernani (23,3%), Ortuella (23,2%), Abanto (23,3%), Andoain (22,9%), Basauri (22,2%), Portugalete (21,9%) y, en menor medida y por encima o en torno al 21%, Vitoria, Bilbao, Trápaga o Arrasate, que aglutinan a más de la mitad de los electores vascos.

Gran fidelidad electoral:

pocos cambios, pero significativos

Si no fuese por lo significativo de los cambios de fondo, sobre todo en lo que

afecta a la gobernabilidad, y lo especial de esta coyuntura política, en una situación de normalidad estas séptimas elecciones autonómicas habrían sido las de mayor continuidad, por la menor volatilidad electoral (7,8 frente a un promedio desde 1980 de 13,7) y el menor baile de escaños (8 frente a 10 en 1998, 13 en 1994, 12 en 1990 y 20 en 1986). Sin embargo, los cambios producidos tienen características dignas de especial atención.

En la *tabla 1* mostramos los movimientos electorales producidos en Euskadi desde las últimas elecciones autonómicas de 1998, incluyendo la evolución de los mismos en las elecciones forales de 1999 y las legislativas de 2000. La coalición ganadora PNV-EA suma unos 140.000 votos (un 30% más) a los obtenidos por ambos partidos por separado en 1998, después de su retroceso de las forales y una cierta recuperación en las legislativas. Es fácil comprobar mirando pueblo a pueblo, como ya las encuestas de intención de voto apuntaban, que gran parte de este voto proviene de la transferencia de los más de 80.000 votos perdidos por EH, siendo el resto, en proporciones por determinar, votos provenientes de la mayor movilización en las zonas de sociología nacionalista (alrededor de unos 50.000) y, en menor medida, electores volátiles de la sociología vasquista de izquierda más moderada y menos identifi-

Tabla 2. Volatilidad electoral en el País Vasco en las elecciones autonómicas, 1980-2001

	1984/1980	1986/1984	1990/1986	1994/1990	1998/1994	2001/1998	Promedio
Total (VT)	16,6	22,8	11,6	15,4	7,9	7,8	13,7
Entre bloques (VB1)	-	3,5	2,7	6,4	1,5	6,5	3,4
Entre bloques (VB2)	0,4	2,2	1,8	9,6	1,8	0,8	2,8
Intra bloques (VIB1)	16,6	19,3	8,9	9,0	6,4	1,3	10,3
Intra bloques (VIB2)	16,1	20,6	9,8	5,8	6,1	7,0	10,9

La volatilidad total (VT) se refiere al índice de Pedersen (1983: 31). La volatilidad relativa a los bloques se refiere a la adscripción izquierda/derecha. (1) Nacionalista/estatalista. (2) Según el índice de Bartolini (1986: 372).

Fuente: Elaboración propia.

cada políticamente (un máximo de 25.000), sobre todo en Vitoria y en las grandes poblaciones industriales.

La coalición PP-UA suma unos 56.000 votos (un 21% más) a los obtenidos por ambos partidos por separado en 1998, después del retroceso de las forales y del ascenso histórico de las legislativas. Esta coalición, en realidad, lo que ha hecho ha sido consolidar el resultado de las elecciones generales de 2000, en las que ya se había beneficiado de la mayor movilización autonomista y del voto volátil, sobre todo, socialista. Contrasta, sin embargo, el mejor comportamiento relativo de esta pauta en Vizcaya y, en menor medida, en Guipúzcoa con incrementos del 29% y el 22%, respectivamente, mientras que en Álava, a pesar del ligero ascenso en 3.000 votos respecto a 1998 (5%), habría perdido parte de su electorado a favor de los socialistas y, en menor proporción, de la coalición nacionalista, sin descartar una cierta desmovilización de su electorado de las legislativas del año pasado, respecto de las que ha perdido unos 4.000 votos, sobre todo en Vitoria (3.000).

El PSE-EE suma 30.000 votos (un 14% más) a los obtenidos en 1998, después del ligero retroceso de las forales y la recuperación de las legislativas, respecto de las que pierde algo más de 15.000 votos (10.000 en Vizcaya, 3.000 en Guipúzcoa y 2.000 en Álava). Si exceptuamos el caso alavés, donde suma 11.000 votos (un 38% más que en 1998), beneficiándose de la mayor movilización y de la recuperación de parte del voto cedido a los populares en las legislativas, en los otros territorios (con incrementos del 10% en

Vizcaya y el 12% en Guipúzcoa), apenas si logra beneficiarse de la mayor movilización, cediendo votos a sus competidores, sobre todo, nacionalistas.

EH ha perdido alrededor de 80.000 votos desde 1998 (un 36%), sobre todo en Álava, donde su retroceso de 9.000 votos supone un 43% menos y, en menor medida, en Vizcaya (38.000 votos y un 38% menos) y Guipúzcoa (33.000 y 32%, respectivamente). Se trata de un mínimo histórico en su trayectoria electoral, muy cercano al de sus inicios en las legislativas de 1979 y a las generales de 1996 previas al giro estratégico operado en Lizarrá, especialmente en Álava y Vizcaya. EH ha perdido, por tanto, todos los votos que había vuelto a recuperar en 1998 después de años de sangría electoral, así como las transferencias recibidas desde los espacios nacionalistas y de la izquierda movilizados en aquella ocasión por las expectativas generadas por su "tregua", ahondando ahora en su declive de entonces. La diferencia significativa es que, si antes el destino principal de sus abandonos era la abstención y las opciones cercanas, ya fuesen nacionalistas o de la izquierda, en esta ocasión la transferencia ha sido mucho más homogénea, optando por la coalición nacionalista, sea para reforzar el soberanismo democrático, sea para evitar la alternancia autonomista encabezada por el PP y Jaime Mayor.

IU, a pesar de las dificultades para mantener su espacio en medio de tanta polarización, ha logrado un incremento neto de unos 7.000 votos (un 10%) respecto de 1998, que no llega a equipararse al efecto de la movilización media. Si en

Álava no suma nuevos votos y en Vizcaya apenas lo hace en un millar, es en Guipúzcoa donde, prácticamente, concentra todo su incremento, gracias a parte de los electores recuperados de EH y, probablemente, de la movilización de sectores autonomistas de la izquierda contrarios a la polarización y, sobre todo, a la alianza entre socialistas y populares.

Se puede decir que la mayor parte del electorado en su conjunto y de los electorados de los distintos partidos en particular, con la excepción de EH, se han comportado con una gran fidelidad. Del grado de cristalización del comportamiento electoral vasco y de las características de los cambios experimentados en esta elección da cuenta la siguiente tabla 2, en la que se cuantifica, precisamente, la volatilidad electoral generada por los cambios de opción. Nos referimos a la volatilidad agregada o cambio medio de los apoyos relativos de cada partido en dos elecciones sucesivas, en este caso 1998 y 2001, que nos permite aproximarnos al sentido y las magnitudes netas de los flujos electorales hasta que la matriz de transferencias de los estudios muestrales poselectorales nos definan con mayor precisión la volatilidad bruta individual. Como se puede comprobar, la volatilidad neta total (7,8) no es muy distinta a la de 1998, pero, en todo caso, es la más baja de toda la historia electoral vasca desde la transición, denotando una altísima cristalización electoral.

Lo que sí resulta significativamente distinto es la estructura de tal volatilidad, agrupados los distintos electorados por bloques electorales de izquierda o derecha

y de nacionalistas o no nacionalistas. A diferencia de lo que ocurriera en 1998, en la dimensión identitaria nacionalismo vasco/españolismo, la de mayor polarización, el 90% de la volatilidad total se produce en el interior de cada bloque entre las propias opciones de cada uno de ellos, sobre todo en el nacionalista. Por el contrario, en la dimensión ideológica izquierda/derecha, el 83% de dicha volatilidad total se produce por transferencia, sobre todo, de los partidos de izquierda a los de derecha. En definitiva, los grandes beneficiarios de esta volatilidad neta han sido los polos de derecha de la competición, nacionalista (PNV-EA) o autonomista (PP-UA), sobre todo el primero por su mayor centralidad relativa.

La sorpresa alavesa en una geografía política estable

Uno de los puntos de atención, dada la bipolarización producida por la política de bloques, era precisamente la correlación de fuerzas entre los apoyos a las opciones nacionalistas y las no nacionalistas (incluida IU). Si las primeras movilizan alrededor de 60.000 votos más, las segundas les superan en más de 30.000, lo que contribuye a seguir acortando la distancia relativa entre ambas, pero sin invertir las posiciones. Así, los nacionalistas retroceden un punto porcentual y se sitúan en el 52,8% y las segundas avanzan casi dos puntos para situarse en el 46,3%. Sin embargo, mantienen sus posiciones relativas en las tres provincias con estos pequeños ajustes. Los nacionalistas reafirman su predominio absoluto con el 60% en Guipúzcoa, tras retroceder casi dos puntos, mantienen la mayoría en Vizcaya con el 52% y un retroceso idéntico, mientras que siguen en minoría en Álava con una pérdida mucho menor de alrededor de medio punto. Los no nacionalistas conservan su predominio absoluto en Álava sin poder mover su 59%, mientras que avanzan algo más de punto y medio en las otras dos provincias para situarse en el 47% vizcaíno y cerca del 40% guipuzcoano.

Si tenemos en cuenta el nuevo mapa municipal de ambos bloques, comprobamos que los no nacionalistas son los que más avanzan ya que, además de mantener la mayoría en casi todas las poblaciones en las que ya la tenían (entre ellas Vitoria), la obtienen en Bilbao y cuatro nuevas poblaciones industriales de su comarca, así como en Llodio y otras cinco nuevas poblaciones alavesas, lo que suman más de treinta municipios con más de la mitad de la población vasca. Sin embar-

Tabla 3. Evolución del sistema de partidos electorales y parlamentarios de la comunidad

	1980			1984			1986		
	Votos (%)	Escaños T (%)		Votos (%)	Escaños T (%)		Votos (%)	Escaños T (%)	
PNV	38,1	25	41,7	42,0	32	42,7	23,6	17	22,7
PNV-EA	-	-	-	-	-	-	-	-	-
HB (EH)	16,5	11	18,3	14,7	11	14,7	17,4	13	17,3
EE	9,8	6	10,0	8,0	6	8,0	10,8	9	12,0
EA	-	-	-	-	-	-	15,8	13	17,3
PSE-EE	14,2	9	15,0	23,0	19	25,3	22,0	19	25,3
AP-CP-PP	4,8	2	3,3	9,4	7	9,3	4,8	2	2,7
UCD-CDS	8,5	6	10,0	-	-	-	3,5	2	2,7
PCE-IU	4,0	1	1,7	1,4	-	-	1,0	-	-
UA	-	-	-	-	-	-	-	-	-
PP-UA	-	-	-	-	-	-	-	-	-
	95,9	60	100	98,5	75	100	98,9	75	100

*Datos del escrutinio provisional.

go, los nacionalistas les arrebatan, significativamente, esta mayoría en Potugalete, Irún y Lasarte, poblaciones con alcalde socialista, con lo que todos los municipios guipuzcoanos tienen dicha mayoría.

El resultado de estas elecciones se jugaba, sobre todo, en Álava y es en esta provincia donde las perdió, contra todo pronóstico, la coalición PP-UA, formada, precisamente, para poder maximizar el efecto electoral de la concentración del voto autonomista mayoritario. La coalición electoral PP-UA reafirmaba la coalición de gobierno actualmente existente en esta provincia, tanto en la Diputación Foral como en el Ayuntamiento de Vitoria, tras arrebatarse la mayoría al PNV en las elecciones de 1999 y con el apoyo puntual de los socialistas. Se esperaba que tal fórmula de gobierno, convertida en "modelo alavés", sirviese de ejemplo para el conjunto del país, contando con la alianza con los socialistas. Sin embargo, no ha sido así, siendo la única provincia en la que el PP retrocede respecto a las elecciones legislativas de 2000, lo que le impide cumplir sus objetivos de mantener esta cuota electoral, asegurar la primera posición y sumar, al menos, 10 escaños. Se podría pensar que la experiencia de gobierno no ha sido tan positiva para su electorado y que el socio menor de la coalición ha podido no responder como se esperaba; pero parece más verosímil que el influjo mayor en el resultado provenga de los dos candidatos en liza, que se presentaban precisamente por esta provincia y con un arraigo político muy distinto en ella. Con todo, mantiene

un tercio del electorado alavés, a pesar de retroceder casi tres puntos en su posición relativa, y consigue vencer en Vitoria. En Vizcaya, tras incrementar en más de 40.000 sus votos de 1998 (2.000 desde las legislativas), consolida su segunda posición con una cuarta parte del electorado vizcaíno y un avance de más de tres puntos porcentuales. Sus incrementos oscilan entre una cuarta parte y casi el 60% de su electorado de 1998 en Bilbao y poblaciones industriales de mayoría socialista del Gran Bilbao, alzándose con la primera posición en Ermua. En Guipúzcoa, con resultados más modestos, avanza hasta la segunda posición con el 18% de los votos y una subida de 15.000 votos desde 1998 (2.000 desde las legislativas), lo que le supone un ascenso de punto y medio en su posición relativa e incrementos porcentuales en torno al 30% de su electorado de 1998 en la mayoría de las poblaciones industriales, en las que supera o iguala al PSE-EE.

La coalición PNV-EA con alrededor de un 44% de los votos consolida su primera posición en Vizcaya y, sobre todo, se la arrebató a EH en Guipúzcoa, con incrementos de 70.000 y 57.000 votos y avances del 4,7 y 8,6 puntos, respectivamente. Gana en Bilbao y San Sebastián, en la mayor parte de las poblaciones de las tres provincias (en gran parte con mayoría absoluta) y, sobre todo, en casi todas las poblaciones de mayoría tradicionalmente socialista de Vizcaya y Guipúzcoa. Con todo, lo más significativo es la obtención de la primera posición en Álava

autónoma vasca en las elecciones autonómicas de 1980-2001

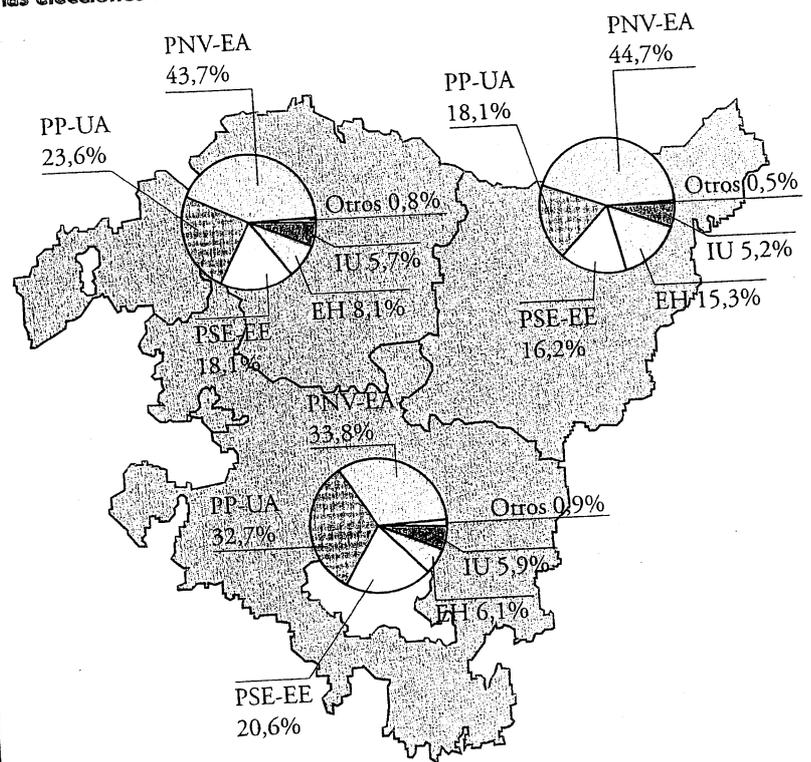
1990			1994			1998			2001*		
Votos (%)	Escaños										
	T	(%)									
28,5	22	29,3	29,3	22	29,3	27,6	21	28	42,7	33	44,1
-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
18,3	13	17,3	16,0	11	14,7	17,7	14	18,7	10,2	7	9,3
7,8	6	8,0	-	-	-	-	-	-	-	-	-
11,4	9	12,0	10,1	8	10,7	8,6	6	8	-	-	-
19,9	16	21,3	16,8	12	16,0	17,4	14	18,7	17,9	13	17,3
8,2	6	8,0	14,2	11	14,7	19,9	16	21,3	-	-	-
0,7	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1,4	-	-	9,0	6	8,0	5,6	2	2,7	5,6	3	4,0
1,4	3	4,0	2,7	5	6,7	1,2	2	2,7	-	-	-
-	-	-	-	-	-	-	-	-	23,1	19	25,3
-	-	-	-	-	-	-	-	-	99,5	75	100
97,6	75	100	98,1	75	100	98,0	75	100			

Fuente: Departamento de Ciencia Política UPV/EHU, a partir de los datos de las juntas electorales.

con algo más de un tercio de los votos, tras subir 17.000 votos y 5,5 puntos porcentuales desde las elecciones autonómicas de 1998. Es fácil deducir que se ha podido beneficiar, además del retroceso de EH y de la mayor movilización nacionalista, del voto dual y moderado del autonomismo de izquierdas en las principales poblaciones industriales y, muy particularmente, del voto más centrista alavés por la figura de Ibarretxe. En efecto, el cabeza de la coalición, alavés de Llodio, donde debutó como alcalde, tiene una larga trayectoria política e institucional en la provincia desde la presidencia del Gobierno foral hasta la *lendakaritza*, pasando por su escaño parlamentario, la Consejería de Hacienda y la vicepresidencia del último Gobierno de Ardanza. En la diferente trayectoria y arraigo políticos y la distinta valoración de ambos candidatos puede estar la clave de la sorpresa alavesa.

El PSE-EE recupera y consolida la tercera posición en todas las provincias con casi un 21% de los votos alaveses, algo más del 18% de los vizcaínos y el 16,2% de los guipuzcoanos, avanzando casi cuatro puntos en Álava (11.000 votos más que en 1998), manteniéndose en Guipúzcoa (8.000 votos más) y retrocediendo cuatro décimas en Vizcaya (13.000 votos más). Sin embargo, lo más significativo es su retroceso generalizado respecto de las elecciones legislativas de 2000, lo que le impide cumplir uno de sus objetivos básicos para poder contribuir a producir la alternancia, al tiempo que pierde la primera posición en todas

Resultados electorales en las provincias vascas en las elecciones autonómicas de 2001 (% votos válidos)



las poblaciones industriales en las que la venía manteniendo, con la única excepción de Lasarte.

Euskal Herritarrok retrocede a la cuarta posición en todas las provincias, desde el 6% alavés al 15% guipuzcoano, pasando por el 8% vizcaíno, tras una pérdida generalizada de votos desde algo más de

10 puntos en Guipúzcoa (33.000 votos menos y un tercio de su electorado de 1998), los casi siete de Vizcaya (38.000 votos menos y un 38% de su electorado) y los seis de Álava (9.000 votos menos y un 43% de su electorado), lo que le sitúa en un mínimo histórico en todas las provincias desde su aparición en 1979 y le aparta

de la primera posición en casi todas las poblaciones en las que la obtuvo en 1998.

Finalmente, IU se queda en el último lugar en todas las provincias con proporciones que oscilan entre el 5% guipuzcoano y el 8% vizcaíno, pasando por el 6% alavés, tras avanzar algunas décimas en Álava y Guipúzcoa (donde suma 5.000 votos más) y retrocederlas en Vizcaya, a pesar de sumar 1.000 votos más. Es cierto, sin embargo, que su avance es mayor en Guipúzcoa y Vizcaya respecto a las elecciones legislativas de 2000, donde suma 8.000 y 6.000 votos, respectivamente, fruto probable del incremento de la movilización y de los sectores de la izquierda federalista descontentos con la política de bloques.

La concentración nacionalista: continuidad de la mayoría y cambio de la política

Lo que caracteriza el resultado final de estas elecciones es la concentración nacionalista en torno a la coalición PNV-EA, reforzando la actual mayoría de gobierno, y la estabilidad básica en la correlación de fuerzas entre los dos bloques (nacionalista y no nacionalista), cuyas relaciones dependen de la posición estratégica que adopten las fuerzas democráticas con relación a la estrategia de chantaje y antisistema de una EH debilitada, por un lado, y de los pactos que se puedan establecer para facilitar la estabilidad gubernamental y la propia gobernabilidad, por el otro. La mayoría gubernamental es más fuerte, pero también lo son las fuerzas de oposición. Como hemos visto, el cambio de equilibrio entre unos y otros se resuelve con una pequeña proporción de votos y escaños, se puede decir que por los puntos.

La mayoría nacionalista, a pesar de sus 742.000 votos (por debajo de los cerca de 780.000 de 1986), ha obtenido el peor resultado de su historia reciente, al obtener el mínimo de representación (53,4%) y retroceder un escaño y casi dos puntos. Su representación autonómica siempre ha estado por encima del 60% y en torno a los 50 escaños hasta 1998. Por el contrario, los más de 650.000 votos de las opciones no nacionalistas han supuesto un récord histórico autonómico, muy cercano al obtenido en las elecciones legislativas de 1996, aunque por debajo del máximo de 675.000 de las legislativas de 2000. Sus 35 escaños y el 46,6% de la representación, tras un ligero avance, les sitúa en una posición de contrapeso a la mayoría desconocida desde la legislatura de 1984.

La propia política de bloques había simplificado la competición, obligando a partidos pequeños y colaterales como UA y EA a coaligarse con sus partidos nodriza más cercanos. La primera coalición en anunciarse fue la del PP y UA para maximizar sus oportunidades electorales en Álava, donde ya formaban coalición de gobierno en la Diputación Foral y el Ayuntamiento de Vitoria, y sacar el máximo provecho de la ponderación que el sistema electoral vasco hace del voto alavés. La respuesta esperada era la repetición de la coalición de gobierno PNV-EA como coalición electoral, a pesar de las dificultades programáticas. La misma política de bloques que ambas coaliciones reforzaban producía una dinámica de simplificación, alineamiento y achique de espacios en detrimento de las oportunidades electorales del resto de competidores menores.

La coalición de gobierno PNV-EA, convertida en coalición electoral de nuevo (ya lo había hecho en las elecciones forales de 1999), trataba de, por una parte, minimizar el riesgo de perder la primera posición y, por otra parte, maximizar sus posibilidades electorales, tanto las referidas a la homogeneización del voto nacionalista y de la mayoría de gobierno como las referidas al premio potencial del sistema electoral. Como se puede comprobar en la *tabla 3*, es la única vez desde 1980 en la que el nacionalismo gobernante saca un rédito en escaños del propio sistema electoral, lo que en esta ocasión, como en aquella, es lo suficiente (1 escaño) para alzarse con una minoría de gobierno precaria, pero viable.

Podemos decir que, mientras la coalición PP-UA fracasa en Álava, arruinando sus posibilidades de alternancia, a pesar de conseguir sus objetivos en el resto de las provincias, la coalición PNV-EA ha cumplido todos sus objetivos: movilización del electorado nacionalista, concentración del 80% del voto de este bloque, mejora en votos (6,5 puntos) y escaños (7), primera posición en todas las provincias. Sobre todo, al recolocarse y reforzar su posición central gracias a una dinámica *catch-all* que le permite recibir votos moderados y votos identitarios propios y ajenos, obtiene una mayoría del 44% de la representación. Sus 33 escaños le sitúan en una posición más holgada para seguir gobernando, si bien necesitará pactos para hacerlo de forma estable. Con un porcentaje de votos muy similar, pero con un escaño más, al que tuvo el PNV en 1984, antes de la escisión, hoy concentra el 82% de una representación nacionalista mucho

más simplificada que entonces. Con todo, queda la incógnita de las previsibles tensiones ideológicas, programáticas, estratégicas y de alianzas entre los dos socios (PNV y EA). Como es sabido, cada uno mantendrá su propio grupo parlamentario, con lo que el reparto de los 33 escaños conjuntos se convertirían en 26 para el PNV, fuerza mayoritaria, y 7 para EA.

En cuanto a la coalición PP-UA, llamada a encabezar la oposición y reforzada por sus resultados y, eventualmente, por la permanencia de su cabeza de lista, obtiene un reparto desigual de la mejora de su representación. El PP suma dos escaños a sus 16 anteriores, mientras que UA pierde uno de los dos que tenía en la legislatura recién terminada.

El PSE-EE, debilitado por su ligero retroceso y por su papel secundario en la oposición y en la estrategia de alternancia encabezada por el PP, puede recuperar, sin embargo, su papel central y llave de la gobernabilidad del país y, eventualmente, como nueva referencia para otra oferta de alternancia centrípeta o moderada en el futuro.

IU, alineada con el nacionalismo en la anterior legislatura y con una posición, supuestamente, antibloques o puente en la campaña, ha obtenido un buen resultado para reforzar la mayoría de gobierno, pero no ha podido convertirse en bisagra necesaria de una eventual coalición mixta. Esto no impide que pueda ser utilizada por la mayoría de gobierno para presentar una imagen más plural, pagándole los servicios prestados, aunque la teoría de las coaliciones suele dar por improbable la inclusión de socios "superfluos" para la estabilidad gubernamental.

Un viaje de ida y vuelta: entre Lizarra y Ajuria Enea

Ajuria Enea lo liquidaron los nacionalistas, no sin ayuda de populares y socialistas, para sustituirlo por Lizarra. Este acuerdo del frente nacionalista, que, tras el espejismo de la "tregua", desencadenó la política de bloques, fue liquidado por la propia sociedad vasca. Las elecciones, frente a los argumentos de quienes no querían celebrarlas o ponían en duda la justicia de sus resultados, han cambiado suficientemente las cosas para que éstas ya no puedan ser igual que antes. Como mínimo, han aliviado la tensión, aunque no hayan resuelto los problemas. Las urnas han hablado, despejando algunas incógnitas y planteando nuevos interrogantes.

Entre las incógnitas despejadas ha podido quedar claro que: a) los vascos han

respondido con compromiso y se han movilizado como nunca en unas elecciones autonómicas, asumiendo la gravedad del momento; *b)* la coalición de gobierno ha revalidado su política y ha sido la beneficiaria casi en solitario de estos últimos años, recuperando y reforzando su centralidad, lo que la sitúa ante una gran responsabilidad y una auténtica encrucijada política; *c)* la estrategia de la alternancia combinada entre el PP-UA y el PSE-EE no ha conseguido su objetivo principal, pero ha contribuido profundamente al cambio de la dinámica política; *d)* entre todos hemos derrotado en las urnas, una vez más, a los que apoyan o no condenan la violencia, dando un vuelco, que puede ser definitivo, a sus expectativas de chantaje; *e)* el nacionalismo en su conjunto, a pesar de su ligero retroceso relativo, ha mantenido su mayoría en la arena autonómica, pero a base de reforzar su concentración moderada; *f)* el autonomismo ha salido reforzado, a pesar de no haber obtenido una mayoría de gobierno.

Si la reacción cívica contra la violencia ha servido para reforzar las instituciones mediante la movilización electoral y la derrota de los violentos, la polarización y la confrontación de ambos bloques lo ha hecho para consolidar al polo que ha sido percibido como más moderado, coherente y útil para los intereses de sus votantes y, sobre todo, para la mejora de la situación. La radicalización de los discursos, la incertidumbre y la viabilidad de la alternancia, basada en una alianza compleja como la de los partidos autonomistas, han anegado su objetivo político principal, pero han mejorado sus apoyos electorales y han contribuido a cambiar el escenario en la dirección en que ellos mismos pretendían protagonizarlo.

El nacionalismo gobernante se ha beneficiado casi en solitario del desgaste político de EH, del voto útil de rechazo a la alternancia autonomista y de un voto moderado que ha preferido reforzar la estabilidad de la actual mayoría. El miedo y el vértigo a las consecuencias del cambio encabezado por un no muy bien valorado Mayor Oreja no han convencido lo suficiente, por el contrario, a sectores igualmente moderados, deseosos de cambios en la política vasca y, muy particularmente, en Álava.

Sin embargo, quedan incógnitas importantes, tanto sobre las características del Gobierno como sobre las condiciones de la gobernabilidad a las que los nuevos representantes tienen que dar rápida respuesta. Entre ellas, las siguientes: *a)* cuál

de las claves del programa electoral, soberanista o autonomista, va a inspirar la política del *lehendakari* Ibarretxe; *b)* con qué apoyos va a contar la coalición ganadora para gobernar; *c)* qué política va a ofrecer el PNV a sus posibles socios para asegurar su apoyo y su estabilidad gubernamental; *d)* sobre qué bases y con qué condiciones se reconstruirá la unidad democrática frente a la violencia; *e)* cuánto va a pesar la gobernabilidad foral de Vizcaya y, sobre todo, Guipúzcoa, en la recomposición de las alianzas; *f)* cómo van a reaccionar los partidos de la oposición y qué lectura van a hacer de estos resultados; *g)* hasta qué punto va a haber frustración y abandono en los sectores cívicos más movilizados y sensibles ante la violencia; *h)* cómo van a normalizarse las relaciones políticas entre los partidos democráticos, aliviando la tensión social; *i)* qué va a pasar en el mundo de la violencia y cómo van a reaccionar ante el nuevo escenario.

Urge, por tanto, la concentración o la unidad democrática para concertar lo fundamental y urge un Gobierno mayoritario que lo haga con eficacia política y no se conforme con administrar un presupuesto. Éste es el auténtico camino de vuelta a la política de consenso, que puede facilitar las coaliciones mixtas, como en los tiempos de Ajuria Enea administrados por Ardanza. Ibarretxe ha obtenido un capital político importante para dirigir un tiempo político nuevo, y lo deberá hacer administrando unas instituciones democráticas que los perdedores, desde la oposición, han contribuido a legitimar y reforzar como nadie. Tiene, tenemos, ante nosotros una auténtica encrucijada histórica para consolidar nuestra democracia, respondiendo al inmenso caudal de expectativas depositadas en las urnas, garantizando la libertad y la seguridad de esa inmensa minoría que las tienen en peligro, mejorando las condiciones de nuestra convivencia plural y aislando a los que practican y apoyan actitudes de violencia e intolerancia.

Es la hora de que, definitivamente, la ética weberiana de la responsabilidad se imponga sobre la de los principios, tan abundante y pernicioso entre nosotros. Como decía hace algunos días G. Sartori, la primera es la propia de la democracia, mientras que la segunda sólo puede crearle problemas. Esta última es la de las buenas intenciones, de las que está el infierno lleno y de las que no hay que responder, normalmente, ante ciudadanos concretos de carne y hueso, sino ante categorías espirituales intangibles. Esperemos que,

desde el Gobierno y desde la oposición, se imponga la responsabilidad para estar a la altura de las circunstancias históricas que este momento exige. ■

BIBLIOGRAFÍA

- BARTOLINI, S.: 'La volatilità elettorale', en *Rivista Italiana di Scienza Politica*, núm. 16, 1986.
- Euskobarómetro de la Universidad del País Vasco: www.ehu.es/cpweb.
- FINER, S. E., ed.: *Adversary Politics and Electoral Reform*. Clive Wigram, Londres, 1975.
- LIJPHART, A.: *Modelos de democracia*. Ariel, Barcelona, 2000.
- LINZ, J. J. et al.: *Conflicto en Euskadi*. Espasa-Calpe, Madrid, 1986.
- LLERA, F. J.: 'Caracterización sociopolítica del sistema de partidos de las comunidades autónomas Vasca y Navarra', en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 20, págs. 61-86, 1981.
- *Los vascos y la política*. Universidad del País Vasco, Bilbao, 1994.
- PEDERSEN, M. N.: 'Changing Patterns of Electoral Volatility in European Party Systems, 1948-1977: Explorations in Explanations', en DAALDER, H., y MAIR, P., eds., *Western European Party Systems. Continuity and Change*, London, Sage, 1983.
- SARTORI, G.: *Partidos y sistemas de partidos*. Alianza, Madrid, 1980.
- Francisco J. Llera Ramo es catedrático de Ciencia Política y director del Euskobarómetro de la UPV.

Dirección
 JAVIER PRADERA Y FERNANDO SAVATER

Edita
 PROMOTORA GENERAL DE REVISTAS, SA

Presidente
 JESÚS DE POLANCO

Consejero delegado
 JUAN LUIS CEBRIÁN

Director general
 IGNACIO QUINTANA

Coordinación editorial
 NURIA CLAVER

Maquetación
 ANTONIO OTIÑANO



Ilustraciones

ANDREA SANTAMARINA (Madrid, 1980)
 Tras cuatro años de preparación en academias de artes plásticas, inició sus estudios en la facultad de Bellas Artes, Madrid. Su interés por la creación artística le ha llevado a realizar otras actividades tales como: cursos de impresión digital y de escenografía, y la dirección artística de un cortometraje. Esta muestra incluye grabados y collages realizados con viva imaginación y un excelente tratamiento del color.



Caricaturas
 LOREDANO

Correo electrónico: claves@progres.es
Internet: www.progres.es/claves

Correspondencia: PROGRESA.
 GRAN VÍA, 32, 2ª PLANTA. 28013 MADRID.
 TELÉFONO 915 38 61 04. FAX 915 22 22 91.

Publicidad: GDM. GRAN VÍA, 32, 7ª.
 28013 MADRID. TELÉFONO 915 36 55 00.

Impresión: MATEU CROMO.
 ISSN: 1130-3689
Depósito Legal: M. 10.162/1990.



Esta revista es miembro de
 ARCE (Asociación de Revistas
 Culturales Españolas)

Esta revista es miembro
 de la Asociación de Revistas
 de Información



Para petición de suscripciones
 y números atrasados dirigirse a:
**Progres. Gran Vía, 32, 2ª planta. 28013
 Madrid. Tel. 915 38 61 04 Fax 915 22 22 91**

S U M A R I O

NÚMERO 113 JUNIO 2001

ANTONIO MUÑOZ MOLINA 4 LA EDAD DE LAS NOVELAS

RAFAEL DEL ÁGUILA 16 INTELECTUALES IMPECABLES Y LA CRISIS DEL DISCURSO IZQUIERDISTA

FRANCISCO LLERA 25 EUSKADI: ENTRE LA POLÍTICA DE ADVERSARIOS Y EL CONSENSO

IGNACIO SÁNCHEZ-CUENCA 35 UN MODELO PARA EL PAÍS VASCO

PABLO DE LORA 45 LA VIDA COMO MAL

Semblanza
 César Pérez Gracia 54 *Gracián o la isla de los aforismos*

Ética
 Adela Cortina 56 *La educación del deseo*

Filosofía
 Mario Boero 62 *Los nuevos 'Diarios Íntimos' de Ludwig Wittgenstein*

Política
 César Leante 66 *La revolución cultural cubana*

Ensayo
 Gustavo Soppelsa 72 *Olof el vikingo*

Cine
 Carlos Alfieri 75 *Liturgias de la soledad*

Objeciones y comentarios
 Arseni Gibert 80 *Panaceas no, algunos problemas sí*